

IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

Colección

PENDONEROS

Con renovada fe en el futuro, los Miembros de Número del IOA se complacen en entregar la presente publicación, como homenaje a su Patria, en el Sesquicentenario de vida republicana.

Alfonso Cabascango Rubio

Marcelo Valdospinos Rubio

Renán Cisneros del Hierro

Miguel A. Hermosa Cabezas

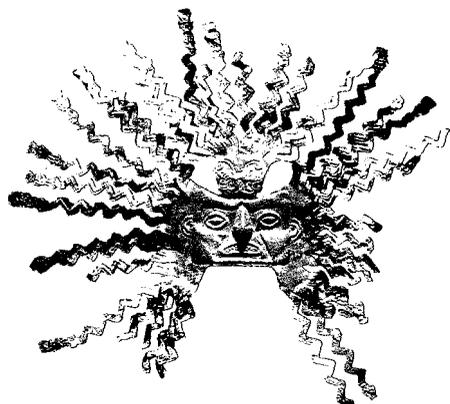
Carlos Benavides Vega

Bolívar Cabascango Rubio

Raúl Maya Andrade

Alfredo N. Montalvo Males

Plutarco Cisneros Andrade,
DIRECTOR GENERAL



**AUSPICIO ESPECIAL:
BANCO CENTRAL DEL ECUADOR**

<i>Dr.</i>	<i>Ricardo Muñoz Chávez</i>	<i>Ex presidente de la Junta Monetaria</i>
<i>Abog.</i>	<i>León Roldos Aguilera</i>	<i>Ex-presidente de la Junta Monetaria</i>
<i>Dr.</i>	<i>Rodrigo Espinosa Bermeo</i>	<i>Ex-Gerente General</i>
<i>Econ.</i>	<i>Germánico Salgado Peñaherrera</i>	<i>Ex-Gerente General</i>
<i>Dr.</i>	<i>Gonzalo Cordero Crespo</i>	<i>Presidente de la Junta Monetaria</i>
<i>Econ.</i>	<i>Mauricio Dávalos Guevara</i>	<i>Gerente General</i>
<i>Lcdo.</i>	<i>Eduardo Samaniego Salazar</i>	<i>Subgerente General</i>



EDITOR:

Instituto Otavaleño de Antropología — 1981 —

Casilla 1478

Otavalo-Ecuador

CONSEJO EDITORIAL:

Plutarco Cisneros Andrade

Segundo Moreno Yáñez

Juan Freile Granizo

Carlos Benavides Vega

Fernando Plaza Schuller

Simón Espinosa Cordero

Patricio Guerra Guerra

Hernán Jaramillo Cisneros

Carlos Coba Andrade

Francisco Aguirre Vásconez

José Echeverría Almeida

COMITE EDITORIAL:

Plutarco Cisneros Andrade

Segundo Moreno Yáñez

Carlos Benavides Vega

Simón Espinosa Cordero

COORDINADOR GENERAL:

Juan Freile Granizo

DIRECTOR GENERAL: *Plutarco Cisneros Andrade*

DIAGRAMACION Y DISEÑO:

Julio O. Flores R.

Edwin Rivadeneira

IMPRESION:

Editorial "Gallocapitán"

Otavalo - Ecuador



(Compilador) :

Udo Oberem

COCHASQUI: Estudios Arqueológicos

*

Serie: Arqueología



INDICE

Una evaluación de los aportes de las investigaciones arqueológicas en Cochasquí. Segundo E. Moreno Yáñez.	11
Informe de trabajo sobre las excavaciones arqueológicas de 1964-1965 . Udo Oberem, Roswith Hartmann.	39
Algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí. Udo Oberem	59
Hallazgos arqueológicos de la Sierra ecuatoriana: indicios de posibles relaciones con Mesoamérica. Udo Oberem	71
Aportes a la reconstrucción de edificios con planta circular, sobre las pirámides con rampa de Cochasquí. Wolfgang Wurster.	79
Los montículos funerarios con pozo Udo Oberem	125
Dos pozos funerarios con cámara lateral en Malchinguí. Albert Meyers, Udo Oberem, J. Wentscher, Wolfgang Wurster.	143

La serie de esqueletos humanos de Cochasquí y de otras regiones del Ecuador. Karí Kunter.	171
Análisis de la cerámica de Cochasquí . Albert Meyers.	219

**UNA EVALUACION DE LOS APORTES
DE LAS INVESTIGACIONES
ARQUEOLOGICAS EN COCHASQUI**

Segundo E. Moreno Yanez

1.— **La topografía de las estribaciones meridionales del Mojanda**

Es ampliamente conocido que el Ecuador está atravesado en su tercio occidental por la Cordillera de los Andes, fenómeno geológico del que dependen todas sus condiciones orográficas, hidrográficas, climatológicas, ecológicas y aun económico-sociales. Este gran sistema orográfico cruza al País de norte a sur y forma dos cordilleras principales perfectamente diferenciadas, las denominadas Occidental y Real u Oriental. La separación en diferentes cordilleras parciales y la formación de depresiones interandinas, son características que se exhiben en la extensión total de la región Interandina o Sierra, la que primitivamente quizás fue un extenso valle longitudinal, el que se dividió por la acumulación de materiales eruptivos en determinadas zonas volcánicas, materiales que progresivamente formaron los "nudos", que aparecen como enormes escalones que unen transversalmente las dos cordilleras. De este modo, el valle primitivo aparece dividido en varias cuencas interandinas, denominadas en la geografía ecuatoriana "hoyas", cuyo eje esta constituido por un río, corriente fluvial que, después de atravesar una de las dos cordilleras, se dirige a la vertiente del Océano Pacífico o a la del Amazonas. En la región septentrional de la Sierra ecuatoriana y bajo la Línea Equinoccial se extiende la "hoya de Guayllabamba" o "de Quito", rodeada al levante por los imponentes volcanes: Cayambe (5.840 m.), Saraurco (4.676 m.), Antizana (5.750 m.), Sincholagua (4.988 m.), y Cotopaxí (6.005 m.); mientras que por el occidente encierran su horizonte el Pululagua (3.250 m.), el macizo del Pichincha (4.850 m.), y los volcanes inactivos: Atacazo (4.457 m.), Corazón (4.816 m.) e Iliniza (5.305 m.). Limitan a esta Hoya por el norte el nudo de Mojanda Cajas y por el sur el nudo de Tiopullo, cordales que a su vez

contienen antiguos volcanes, ya inactivos: El Fuya-Fuya y Cusín al norte y el Rumiñahui y Pasochoa al sur. En el centro de la cuenca se levanta un monte de innegable formación volcánica, el Ilaló, en cuyas faldas se encuentran numerosas fuentes termales. (Terán, 1979: 90 ss; Wolf, 1975: 43, 116 ss.).

Se han señalado que desde el punto de vista geográfico, la hoya de Guayllabamba termina al norte en una cadena transversal de montañas compuesta por los volcanes extintos Mojanda, con su altura máxima en el Fuya-Fuya, y Cusín, unidos por una ensillada que se conoce con el nombre de Cajas. El denominado "nudo de Mojanda" se eleva, por lo mismo, desde los cauces profundos del río Guayllabamba y de su afluente el Pisque; sus faldas australes y septentrionales, aunque están surcadas de quebradas, no alimentan ríos de consideración, mientras que en el sector suroriental, las estribaciones del Mojanda y Cajas juntamente con las occidentales del Cayambe y las boreales del macizo de Pambamarca, rodean el valle de Cayambe: zona abundante regada por los ríos Granobles, Cayambe y Cangagua. Los que juntos conforman el río Pisque, que enseguida corre de este a oeste e una quebrada muy honda y casi inaccesible, hasta su desembocadura en el río Guayllabamba (Wolf, 1975: 130-131).

Ecológicamente la región comprendida entre los ríos Guayllabamba, Pisque y el nudo del Mojanda corresponde a tres subzonas: la central, que puede ser descrita como un conjunto de pequeñas mesetas con régimen seco, la oriental o valle de Cayambe más húmeda y finalmente aquellas áreas subandinas internas de la cordillera Occidental, que se abren hacia el paso del Guayllabamba en su curso rumbo a las planicies del Litoral (Acosta Solís, 1977: 203-204; 1962: 66-67; Terán, 1979: 117).

Aunque en la Epoca Hispánica muchos centros aborígenes desaparecieron, a causa de la política de las reducciones, y otros fueron fundados, es posible verificar una antigüedad preincaica para Cayambe, Cangagua, Perucho y Cochasquí. Entre ellos sobresalen Cayambe y Cochasquí, por haber sido cabezas de dos importantes cacicazgos preincaicos (Salomon, 1980: 107-108; Larraín, 1980 a: I, 127-129).

El lugar de Cochasquí, o según su grafía más antigua y que

quizás corresponde mejor a la original "Cochisquí", es a la vez conocido como uno de los numerosos sitios del territorio interandino comprendido entre los ríos Chota y Guayllabamba, donde se levantan pirámides truncadas y otros montículos artificiales. Todas las edificaciones de Cochasquí están distribuidas sobre una planicie inclinada, en un contrafuerte al sur del macizo volcánico del Mojanda y entre ellas se destacan, por su tamaño los inmensos cuerpos de las pirámides construidos con rellenos de tierra, barro y arena quijarrosa. En la Época Aborígen era Cochasquí una de las localidades mayores de la zona, y los cronistas informan que los Incas pudieron conquistarla sólo después de muchos esfuerzos (Oberem, 1975 a: 71 ss.). Alrededor de 1580, coincidiendo con la reducción de la población aborígen a pueblos establecidos directamente bajo el control de los españoles, tuvo lugar el traslado de los habitantes de Cochasquí hacia los actuales poblados vecinos de Tocachi y Malchinguí, con lo que la localidad de Cochasquí se convirtió en una hacienda y, como consecuencia, los monumentos prehistóricos permanecieron hasta la actualidad en terreno abierto. En estos últimos años algunas entidades ecuatorianas se han propuesto restaurar y, con la fundación de un parque arqueológico, transformar a Cochasquí en una lección viviente para la población ecuatoriana.

2.— **Las excavaciones en Cochasquí**

Con toda probabilidad, en la segunda mitad del siglo XVI las ruinas de Cochasquí y el área circundante por entonces habitada por grupos mitimaes, no despertaron la curiosidad o codicia de los aventureros españoles, que en sus recorridos al norte de Quito a lo largo de la gran vía incaica, con seguridad pasaron por sus cercanías. Aun el acucioso observador Pedro Cieza de León, en su diario de viaje: "La crónica del Perú", escrita en 1553, prescinde del complejo monumental y más bien se refiere a los cambios de temperatura y a la descripción de la tierra que atravesó en su viaje desde el norte hacia Quito. "De los aposentos de Otabalo se va a los de Cochesquí; y para ir a estos aposentos se pasa un puerto de nieve, y una legua antes de llegar a ellos es la tierra tan fría, que se vive con algún trabajo. De Cochasquí se camina a Guayllabamba, que está del Quito cuatro leguas, donde, por ser la tierra baja y estar casi debajo de la Equinoccial, es cálido; mas no tanto que no esté muy poblado y se den todas las cosas necesarias a la humana sustentación de los hombres. . . Por los caminos que van por estos aposentos hay algunos ríos, y todos tie-

nen sus puentes, y ellos van bien desechados, y hay grandes edificios y muchas cosas que ver, que, por acortar escritura, voy pasando por ello" (Cieza de León, 1947: 391).

Según la denominada "Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561" (Hampe, 1979: 75-117), hay constancia de los encomenderos en la Audiencia de Quito, que recibieron sus encomiendas directamente de Francisco Pizarro, las que estaban situadas en la región comprendida entre el nudo de Mojanda y el sur del valle de Machachi. Entre ellas consta que Antón Díez fue encomendero de Tanta, Turcán, Cochasquí, Píllaro y Patate (Borchart de Moreno, 1981: 216-217). La restante historia de Cochasquí está íntimamente ligada a la hacienda del mismo nombre.

En las primeras décadas del siglo XX, un hacendado, llevado por la idea de encontrar tesoros, excavó una inmensa zanja en la pirámide mayor y en su empeño llegó a utilizar la fuerza hidráulica de un torrente para agrandar la brecha, acción que casi destruyó por completo el monumento. El conocimiento de este episodio motivó la visita de Max Uhle, por entonces el principal especialista sobre la Arqueología de la América Andina, quien llamó la atención sobre el valor científico de estos vestigios y, después de haber excavado superficialmente, presentó un informe preliminar que fue publicado por la Academia Nacional de Historia. Consciente del destacado aporte de científicos alemanes al conocimiento del Ecuador, tradición iniciada por Alexander von Humboldt y proseguida, entre otros, por Wolf, Mayer, Uhle y Sauer, un grupo de antropólogos de la Universidad de Bonn, bajo la dirección del insigne ecuatorianista Udo Oberem, conformó el "Grupo Ecuador", para, con los auspicios del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y del Instituto Geográfico Nacional, realizar trabajos arqueológicos en Cochasquí, con el objeto de realizar un riguroso inventario del complejo arqueológico, que posibilitara la reconstrucción de la historia aborigen de uno de los grupos sociales más importantes de la región de Quito. No hay duda que el trabajo de campo realizado en Cochasquí, por el "Grupo Ecuador" de la Universidad de Bonn, en los años 1964-1965, fue la primera investigación arqueológica a nivel científico, de grandes proporciones, que tuvo lugar en el Ecuador (Salvador Lara, 1978: I, 202-208). Participaron en el mismo, como integrantes del "Grupo Ecuador", Udo Oberem, Wolfgang Wurster, Roswith Hartmann y Jurgen Wentscher; en años posteriores, se han sumado con sus apor-

tes, a este grupo inicial, muchos estudiosos de la Universidad de Bonn y de la de Giessen (República Federal de Alemania), entre ellos: Albert Meyers, Kari Kunter, Carlos Zalles-Flossbach y Uwe Schonfelder. A todos ellos en especial a Udo Oberem, el Editor de la Colección "Pendones", el Instituto Otavaleño de Antropología, rinde justo homenaje con la publicación de estos tres volúmenes, aporte de alta calidad científica para un pueblo buscador de su historia.

3.— **El conjunto de las pirámides**

En el complejo arqueológico de Cochasquí se encuentran 15 pirámides de diferentes tamaños. En nueve de ellas una rampa conduce hasta la plataforma. Hay además 15 montículos funerarios con planta redonda, número que antiguamente debe haberse duplicado, pues todavía la diferente coloración de la tierra en las fotos aéreas permite reconocer claramente sus huellas. Es evidente que tanto los montículos, como las pirámides, fueron obras arquitectónicas levantadas por el hombre, a lo que se debe añadir que sus formas son variables, provienen de la época prehispánica y son llamadas comúnmente "tolas", designación aunque popular inadecuada, lo que obsta para que en casos particulares se diferencien los diversos tipos de tolas y básicamente se distinguan los montículos funerarios de las pirámides (Moreno Yánez, 1981: 81).

Con el objeto de facilitar una mejor comprensión de las dimensiones de las pirámides, cabe indicar las medidas siguientes: la pequeña pirámide E, investigada más detalladamente por la expedición arqueológica alemana de la Universidad de Bonn, tiene una plataforma de 50 por 30 metros y una altura de hasta 11 metros; la rampa se extiende a lo largo de 67 metros. La gran pirámide G, denominada "Max Uhle" por los estudios de campo que realizó este Arqueólogo en 1932, con una plataforma de 80 por 90 metros y una altura de 20 metros posee una rampa de más de 200 metros de longitud. Cortes de sondeo efectuados en algunas pirámides dieron como resultado que las construcciones consisten de capas de tierra dura, barro, arena quijarrosa y bloques de cangahua, uan toba volcánica endurecida, sin labrar. Aunque no ha sido posible establecer un sistema fijo en la sucesión de los estratos, llama la atención que capas de arena muy floja, con gran contenido de piedra pómez, se encuentran recubiertas con una capa de barro colocado a modo de afirmado. Las técnicas mencionadas no bastaron, sin duda, para dar una consisten-

cia suficiente a las pirámides con sus declives tan inclinados, por lo que se usaron, como medios arquitectónicos especiales, muros interiores de respaldo edificadas con bloques labrados de cangahua en forma rectangular o poligonal. Estos muros de respaldo se hallan muchas veces en forma desordenada formando cortos trechos, así como murallas extensas en el interior de las estructuras, o a la vez para la consolidación de las esquinas. Con seguridad no se trata en este caso de paredes de antiguos edificios, como creía Jijón y Caamaño, quien encontró un muro de respaldo similar en una de las pirámides de Urcuquí (Oberem, 1970 a: 319). Tales bloques sirvieron también para formar gradas en los declives, las que gracias a la aplicación de esta técnica todavía presentan una inclinación entre 20 y 35 grados. Aunque la impresión inicial es que las pirámides de Cochasquí fueron escalonadas, los cortes verticales demostraron claramente que las filas de cangahua escalonadas estuvieron originalmente situadas bajo la superficie de los declives y no constituyendo el exterior de los mismos, aseveración confirmada con la experiencia de la poca resistencia demostrada por los materiales ante la imterperie de la región. Gracias a estudios comparativos con otros complejos piramidales en la América precolombina, es dable suponer que las pirámides de Cochasquí sirvieron como fundamentos para edificios, quizás tipo templo, cuyos vestigios sin embargo no se han encontrado. Por lo mismo, uno de los resultados más importantes de las excavaciones de 1964-1965 fue el descubrimiento de plataformas de planta circular, situadas en las partes altas de las pirámides truncadas, a poca profundidad de la superficie actual. Se trata de planchas redondas, moldeadas en barro y cocidas en el mismo sitio, cocimiento que se efectuaba desde la superficie, en forma tal que les ha dado la consistencia del ladrillo. Sobre la pirámide E se descubrieron dos planchas, una de las cuales permanecía bien conservada. A su alrededor se encontró un foso estrecho circular, con un relleno de ceniza y carbón, y en la plancha de barro eran patentes dos cavidades acanaladas, de planta rectangular alargada y escalonada, construidas no paralelamente, sino orientadas en forma de ángulo agudo hacia la rampa. En los escalones de este canal sobresalían tres piedras cónicas empotradas como vértices de un triángulo. Estas y otras evidencias han servido para la interpretación de las plataformas de barro como las plantas de un edificio redondo; sus paredes exteriores quizás fueron construidas con postes verticales (pingos) y un tejido de carrizo con revoque de barro (bahareque). El círculo central en la plataforma parece ser el indicio de un soporte central fabricado también en barro, pero sin cocer. El techo del edi-

ficio circular (bohío) debe haber sido de forma cónica, con una co-
bertiza de paja de páramo, colocada sobre vigas radiales sostenidas
por la pared exterior y el soporte central (Moreno Yáñez, 1981: 81-
83). Al respecto, debe mencionarse en este contexto la existencia en
una colección de cerámica precolombina, de un modelo arquitectó-
nico de barro, que proviene justamente de la región interandina ecua-
toriana, en la que son numerosos los montículos piramidales y las
construcciones arquitectónicas denominadas "bohíos". El modelo
representa una plataforma de plancha rectangular, con tres gradas a
su alrededor. A un costado de plataforma hay una rotura del mode-
lo, lugar donde quizás se unía la rampa de acceso. La plataforma es-
tá cercada de un muro delgado, el que deja libre una entrada en el
lugar donde se unía la rampa con la plataforma. En el centro de esta
cerca rectangular se levanta un edificio de planta circular, cuyas pa-
redes se inclinan más arriba, para formar una bóveda de media na-
ranja, en cuya cúspide un cilindro vertical sirve de remate. El edifi-
cio tiene una puerta situada al lado de la rampa, y las paredes de la
cerca exterior se unen, a los dos lados de la puerta, con el edificio
central, formando un pasadizo entre la puerta y la rampa desapare-
cida. Las semejanzas entre el modelo descrito y los hallazgos arque-
ológicos en Cochasquí son patentes, por lo que la interpretación del
modelo puede llegar a ser una legítima ayuda para la reconstrucción
hipotética de los edificios redondos y la restauración de las pirámi-
des (Wurster, 1979: 301). Restos de cavidades como las descritas
mas arriba, asi como de planchas cocidas, existen también en otros
sitios, por ejemplo sobre las pirámides H, L y G. En esta última el
resto bien conservado de una cavidad, al momento de las excavacio-
nes, era todavía de 9 metros de largo. En campo abierto se han en-
contrado también vestigios de planchas y cavidades sin ninguna re-
lación con las pirámides; al respecto debe aquí mencionarse que,
hace más de 50 años, Jacinto Jijón y Caamaño descubrió algunos
restos pequeños de plataformas cocidas en las pirámides de Urcu-
quí (Jijón y Caamaño, 1914; 1920). Oberem (1970 a: 322) y Wurs-
ter (1979: 301-302) son del parecer que las plataformas fueron los
pisos de construcciones con carácter religioso, cuyas formas redon-
das coincidirían con las plantas circulares de las casas (bohíos), que
según algunos cronistas eran típicas para las habitaciones de la re-
gión comprendida entre los ríos Guayllabamba y Chota.

La cerámica recogida confirma plenamente la hipótesis de
que las pirámides de la antigua localidad de Cochasquí fueron cons-

truidas, al contrario de la aseveración de Uhle, en tiempos preincaicos, lo que no obstaría el que posteriormente los Incas habrían estacionado en Cochasquí una guarnición, la que ha dejado algunos vestigios de cerámica inca. Los datos de radiocarbono, deducidos de los restos de madera carbonizada, provenientes de las zanjas de cimentación y de los agujeros de la plataforma central de la pirámide E, se sitúan en la segunda mitad del siglo XV y primera del siglo XVI. Es difícil establecer si los restos de madera carbonizada provienen de una o más destrucciones de los templos, quizás acaecidas durante la invasión incaica, o conquista española (Oberem, 1970 a: 317-322; 1975 a: 71-81; Wurster, 1979: 300-304).

4.— **Los montículos funerarios**

Los montículos a, n, h, x analizados minuciosamente por la expedición alemana del "Grupo Ecuador" ofrecen interesantes testimonios sobre las costumbres funerarias de los aborígenes de Cochasquí. El montículo funerario "a" resultó haber sido terrepleno para un solo entierro, al modo de una "tumba de pozo", de aproximadamente 1,50 m. de profundidad. Llamó la atención el abundante uso de madera en esta tumba, pues además de algunos sectores de las paredes el fondo del pozo estaba cubierto por un piso de madera, en medio del cual yacía, con la cabeza entre las rodillas, un esqueleto, al que acompañaban un cráneo completo y seis cráneos carentes de la mandíbula inferior, colocados en la parte superior del pozo, además de cuatro mandíbulas inferiores separadas de los cráneos. Aunque parece que el túmulo fue construido en honor del muerto cuyo esqueleto se encontró al fondo del pozo, es difícil interpretar el significado de los siete cráneos, y ni siquiera es posible afirmar si se trata de cabezas decapitadas o de cráneos allí colocados en forma de segunda sepultura. Del relleno del pozo pudieron extraerse los restos de tres vasijas pintadas y muchos fragmentos de cerámica no decorada.

Más profundo que el anterior y con dos escalonamientos, era el pozo funerario del montículo "n", el que alcanzaba aproximadamente tres metros e incorporaba en las paredes de su parte superiores tres nichos. Este montículo con pozo no contenía restos de madera, faltaba todo rastro de esqueleto, a excepción de algunas astillas de huesos, pero como ofrendas encerraba 15 cerámicos relativamente bien conservados, piedras cuadradas y un pequeño mortero de piedra. Sorprende que en el montículo funerario "h" no se encontra-

ran restos de esqueletos o de ofrendas, su pozo tenía la forma de embudo y alcanzaba 1.70 m. de profundidad. En las capas bajo el túmulo de tierra y en las cercanías del pozo, se dejó al descubierto una serie de hoyos y fogones que contenían restos de carbón vegetal, mazorcas y tallos de maíz y hierba carbonizada. Análogas cavidades y fogones se encontraron en el montículo funerario "x", denominado por los actuales habitantes de Cochasquí "Ushpa-tola" (tola de ceniza). En su capa verificable más profunda, cavados en la cangahua, aparecieron varios pozos que parecen ser tumbas carentes de restos, circunstancias que ponen en tela de juicio el carácter de este montículo como funerario en sentido estricto (Oberem, 1970 b: 243-249; Oberem, 1975 a: 75-76).

Según los exámenes de Antropología Física realizados por Kari Kunter (1969: 9-29) en la Universidad de Giessen (Alemania Federal), de los restos óseos encontrados en el montículo funerario "a", los fragmentos de tres cráneos pertenecen a adultos del sexo masculino y a dos mujeres jóvenes. Fue imposible determinar el sexo al que pertenecían los cráneos restantes, se puede sin embargo afirmar que uno de ellos pertenecía a un individuo adulto y otro a un adolescente. Los restos de las mandíbulas inferiores que se encontraron separados de los cráneos pueden ser atribuidos a tres adultos y a un niño. A causa del mal estado de conservación ninguna asignación se ha podido hacer de los restantes hallazgos óseos, que se encontraron en la parte inferior del pozo funerario. En contraposición a lo anteriormente mencionado, el esqueleto que yacía en el fondo del pozo estaba casi completo, y correspondía a una persona adulta poseedora de un cráneo pequeño y delicado, pero con los huesos de las extremidades relativamente fuertes. Aunque una diagnosis segura respecto del sexo es difícil, parece que el esqueleto corresponde a un individuo perteneciente al sexo femenino.

Todos los cráneos de este montículo funerario estaban deformados artificialmente: deformación "tabular erecta", con la variante "plano lambdikal", según el sistema de Imbelloni (Oberem, 1970 b: 245).

5.— **Otros hallazgos de superficie y la secuencia cerámica**

Puesto que construcciones de gran importancia como las pirámides, o los montículos funerarios, no pudieron ser levantadas sin

la correspondiente mano de obra, fueron de enorme interés las excavaciones en el sitio denominado Cochasquí "Pueblo", las que revelaron claramente la existencia de un conglomerado habitacional relativamente grande. Importantes pruebas de lo afirmado constituyen las enormes cantidades de fragmentos de cerámica, fogones con restos de carbón vegetal, huesos de animales, artefactos de obsidiana, hueso y piedra (flautas, espátulas, manos de mortero), restos de alimentos, especialmente conchas de caracoles, granos de maíz y otros. Los huesos procedían principalmente de dos tipos de cánidos, de los cérvidos, de llamas y de cuyes (Oberem, 1975 a: 77). Además de los descubrimientos ya reseñados, como hallazgos de superficie deben mencionarse, entre otros, los restos de un canal de irrigación ubicado al oriente de la pirámide C, canal de 40 cms. de profundidad, 20 cms. de ancho y cubierto con grandes fragmentos planos de cangahua y metates quebrados. El material usado en la construcción no permite dilucidar si se trata de una instalación prehispánica o de la Época Colonial.

Albert Meyers (1975: 83-111) estableció una secuencia de 35 formas de vasijas, distribuidas con diferentes frecuencias en cada estrato. La mayor parte de la cerámica analizada es tosca (95 o/o) y consta de una arcilla roja, con un uso mediano de desgrasante, de pared gruesa y en la mayoría de los casos carente de decoración. La escasa cerámica fina (5 o/o) corresponde a los Panzaleo II y III de Jijón y Caamaño y aparece como no autóctona. En los estratos superiores, sobre todo de las pirámides, se encontraron fragmentos de cerámica de estilo inca imperial e inca provincial, así como algunas piezas provenientes de la región del Carchi (Cuasmal, Tuza).

Una evaluación de los resultados estratigráficos fundamentó el establecimiento de dos fases: Cochasquí I y Cochasquí II. La primera comprende las capas debajo de los montículos, mientras que la segunda se refiere a los montículos funerarios con pozo, las pirámides y la mayor parte del complejo denominado "Pueblo". Como formas cerámicas tipo podrían señalarse para Cochasquí I las ollas zapatiformas, y para Cochasquí II trípodes y ánforas que terminan en punta, denominadas "ánforas de Cochasquí". Una evaluación de los resultados de pruebas radiocarbónicas conduce a la determinación de una cronología, según la cual Cochasquí I corresponde al período entre 950-1250 d.C. y Cochasquí II a 1250-1550 de nuestra era. La secuencia cerámica de Cochasquí, que con seguridad tiene validez

para el área norte de la hoya de Quito hasta el valle del Chota, significa por lo tanto una continuidad de por lo menos 600 años (Cfr. también Oberem, 1975 a: 78-79). En el último estudio efectuado sobre los materiales arqueológicos de Cochasquí, que se refiere a la cerámica fina y otros hallazgos menores, Schonfelder, (1979: 149 ss.), basado más en la periodización propuesta por Athens (1978 y 1980) para toda la Sierra norte del Ecuador, pretende discutir los trabajos anteriores y ofrecer una hipótesis corregida de la cronología conocida hasta el momento para Cochasquí. Puesto que Athens formula sus hipótesis de trabajo referentes al desarrollo del proceso en las sociedades complejas, en base a un análisis ecológico-económico, especialmente durante el "Late Period" (1250-1525 d.C.), Schonfelder propone una correspondencia de los periodos 5 y 6 de Athens con Cochasquí I y Cochasquí I-II. Pertenerían a estos períodos las zanjas, cavidades y planchas, entre ellas los pisos de los montículos "x" y "h", los estratos bajo el montículo funerario "a" y del areal denominado "Pueblo" y un pozo funerario. Al período más tardío, o Cochasquí II, pertenecerían las pirámides, las cavidades acanaladas de planta rectangular alargada y escalonada, una gran parte de la zona denominada "Pueblo" y los canales. Mientras Athens considera que las pirámides tenían la función de bases para las viviendas y Oberem las interpreta como posibles plataformas de edificios culturales, Schonfelder acepta para las mismas un doble carácter, a saber habitacional y religioso, opinión fundamentada por Salomon (1980: 196 ss.), para quien además de los objetos o sitios sagrados, la propia vivienda cacical parece haber sido generalmente el lugar principal de la actividad ceremonial. Desgraciadamente las críticas que hace Schonfelder a los trabajos anteriores que a su vez fundamentan su estudio adolecen de poca reflexión, hecho que no obsta el que su trabajo proponga alternativas de interés, que después de una madura evaluación podrán ser tenidas en cuenta.

Dentro del marco de los estudios arqueológicos sobre Cochasquí, es de interés hacer una referencia a otros hallazgos arqueológicos en las faldas meridionales del Mojanda y aledaños a Cochasquí. A corta distancia del camino Tocachi - La Esperanza, cerca de Tabacundo, en los primeros años de la década de los cincuenta, el francés Philippe Guignabaudet realizó investigaciones arqueológicas en los terrenos de la hacienda "Huaquí Grande", lugar significativo también por la existencia de montículos conocidos como "tolas de Chau-pihuaca".

Guignabaudet en un mínimo de tiempo excavó varios montículos funerarios, que presentaban características semejantes a las de Cochassquí, entre ellas la existencia de plataformas cocidas en el sitio y, en algún caso, dos planchas sobrepuestas, con una capa de relleno intermedia. Aunque se interpretaron estos suelos calcinados como testimonios de hogueras festivas que ceremonialmente habrían finalizado las diferentes etapas de la construcción, es quizás más probable en este caso que se trate de montículos superpuestos. Un valioso hallazgo sobre el piso calcinado superior, y en parte fuera del montículo, fue un gran bloque de arcilla cocida superficialmente y formado por el acoplamiento, en dos o tres planos diferentes, de diez paralelepípedos. En el centro de cada uno había un hueco cuadrilátero con paredes inclinadas y forma trapezoidal a modo de lingoteras. Dejando de lado, por falta de evidencias, la hipótesis de que los aborígenes utilizaron estos bloques para fundir metales, quizás habría alguna base para relacionarlos con los "contadores", construcciones o figuras en forma de casilleros que, además de ser de utilidad en los cálculos matemáticos, podrían haber tenido fines ceremoniales. Los pozos funerarios excavados presentaban restos óseos, en algunos casos bien conservados, debido probablemente al piso calcinado que los protegía de filtraciones de agua. Acompañaban a los esqueletos solamente "catacos" o fragmentos de cerámica, lo que llevaría a la conclusión de que los aborígenes de la zona enterraban a sus muertos sin objetos usuales o de valor y que los fragmentos de cerámica quizás desempeñaron un papel importante en los ritos funerarios (Guignabaudet, 1953: 168-186; Larrea, 1953: 759-773; Andrade Marin, 1953: 746-758).

Durante las investigaciones arqueológicas efectuadas en Cochassquí, en 1964-1965, fortuitamente se descubrieron en la localidad de Malchinguí dos tumbas, las que resultaron ser dos pozos tubulares con cámara lateral. La tumba I presentó una profundidad de 2 m. y en el piso del pozo se encontraron dos recipientes, en la cámara otros cinco cerámicos y una piedra pómez para modelar barro. Restos óseos o residuos de madera no se descubrieron, pues al parecer fueron destruidos sus vestigios por la acción de la humedad del terreno. El pozo tubular de la tumba II alcanzaba una profundidad de 5,40 m., pero el piso de la cámara se encontraba a mayor hondura (6,03 m.) que el del pozo; en la cámara se hallaron 6 recipientes cerámicos y una hacha de piedra pulimentada. El relleno permitió establecer la presencia de una pequeña cantidad de restos óseos y de

madera, los últimos acaso provenientes del suelo o de las paredes de la cámara (Meyers, Oberem, Wentscher, Wurster, 1975: 115-129).

Los dos pozos funerarios con cámara lateral estudiados en Malchinguí parecen pertenecer a la misma tradición cultural que los descubrimientos por Jijón y Caamaño (1952: 114) en Imbabura, así como presentan numerosas analogías con las tres tumbas excavadas por Athens y Osborn (1974) en Otavalo. De los datos de radiocarbono obtenidos para las tumbas de Malchinguí y las de Otavalo aparece una gran diferencia en la datación absoluta, la que oscila desde el 820 a.C. hasta el 150 de nuestra era, fechas que demostrarían hipotéticamente que la tradición cultural de los pozos funerarios con cámara lateral perduró durante largo tiempo en la región entre los ríos Guayllabamba y Chota.

6.— **El señorío de Cochasquí**

Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas han comprobado como inexacto el concepto tan extendido entre los cronistas hispanos y aun mestizos o indígenas, de que con anterioridad a la penetración incaica existía una dispersión social y política que ocasionaba un aislamiento real de los grupos étnicos. Algunos autores modernos han aceptado esta perspectiva genérica prácticamente huérfana de toda crítica, con el objeto de negar la existencia de un "Reino" y de una extensa "confederación propugnada por Juan de Velasco; otros intentan defenderla con un dogmatismo que estuvo lejos del Jesuita riobambeño. Una tendencia que al parecer ofrece una visión más adecuada es aquella que se refleja en las últimas investigaciones que se refieren a la Sierra Norte ecuatoriana, al propugnar la existencia de señoríos étnicos, en sentido estricto, correspondientes a un nivel de integración socio-político propio de una sociedad compleja estratificada, que en términos demográficos englobaría muchas aldeas, abundante población y sus señores ejercerían su autoridad sobre un territorio extenso. Las fuentes históricas señalan, a su vez, una homogeneidad lingüística para la región interandina entre el Pisque-Guayllabamba y el Chota, lo que podría sugerir al menos una parcial unidad cultural, que no implica necesariamente una incorporación permanente y sólida a un sistema político perfectamente integrado; tal integración sin embargo podría darse ante un peligro externo en forma de confederaciones militares ocasionales. La historia de la Sierra Norte

ecuatoriana presenta un interesante modelo de la transformación de varios señoríos étnicos en elementos de un Estado: el Incaico, que difiere de los estados más cercanos a nuestra experiencia, en el hecho de que sus gobernantes estaban íntimamente familiarizados con los cacicazgos andinos y en que la autovisión de su papel directivo pertenece a un orden intelectual muy diferente a cualquiera de los estados europeos (Larraín, 1980 a: I, 108-110; Salomon, 1980: 29-30; Moreno Yáñez, 1981: 98 ss.).

Gracias a la evaluación y síntesis que de los cronistas y documentación complementaria efectúa Larraín (1980 a: I, 106 ss) se ha podido distinguir adecuadamente los grupos étnicos que en la Sierra Norte del Ecuador residieron durante el último período de la Epoca Aborigen y antes de la conquista incaica. Sin la menor discrepancia, las fuentes reconocen a los Pastos, Quillacingas, Carangues, Cayambes y Quitos, como "naciones", es decir como grupos sociales con suficiente desarrollo poblacional y político, como para constituir agrupaciones distintas y autárquicas. Casi seguramente todos estos nombres proceden de las denominaciones antroponímicas de los caciques que eran señores de los pueblos más importantes. Dentro de esta perspectiva se puede asegurar que la Sierra Norte no constituyó una unidad política, sino varias, por lo que sería impreciso agrupar diversos señoríos bajo un concepto étnico común como "Caras", "Caranquis" o "Quitos" (por ejemplo: Velasco, 1960: II, 12 ss; Murra, 1946: 788; Jijón y Caamaño, 1952: 75 ss; Meggers, 1966: 142 ss; Athens, 1980: 109 ss.).

Durante los años de la incursión inca en el Septentrión Andino ecuatoriano, según la Probanza de Hierónimo Puento, Cochasquí estuvo sujeto al señorío de Maxacota, cacique de la región de Cayambe, testimonio que aparentemente no concuerda con las evidencias arqueológicas, que demuestran la importancia monumental del lugar. Miguel Cabello Valboa (1951: 368-369) alude a la resistencia que los "Cochisquíes", o siguiendo el término quichuizado: Cochasquíes, organizaron contra las tropas de Huayna Capac, confiados en las dificultades del terreno y desde una fortaleza construida en un lugar abrupto. Los Cochisquíes acometieron a los Cuzqueños con esforzado valor, por lo que el Inca no se alegró con la victoria conseguida a costa de enormes pérdidas. Una tradición recogida por Montesinos (1930: 119-120) refiere numerosos pormenores sobre los combates en las laderas del río Quispe o Pisque, entre las tropas de Huay-

na Capac y los súbditos de "una señora llamada Quilago", acciones bélicas que duraron más de dos años y que finalizaron con una victoria conseguida por el Inca gracias a un suceso extraordinario. Una vez capturada la señora Quilago, con fingidas demostraciones, consiguió que Huayna Capac le acompañara a sus aposentos, donde le había preparado una trampa, la que al final sirvió de sepultura para ella misma. Los indios de la región de Quito conservaron el recuerdo de la resistencia ordenada por la "Reina de Cochasquí" y de su aniquilamiento. Fue público en Quito el simulacro de la conquista de Huayna Capac, que los indios presentaron en 1631, con motivo del nacimiento del príncipe Baltazar, primogénito del rey Felipe IV. Los indígenas se presentaron entonces vestidos y adornados según las costumbres de sus mayores antes de la conquista española. En la plaza realizaron un simulacro de guerra a la antigua y representaron, por sus jornadas sucesivas, la campaña del Inca contra la Reina de Cochasquí, hasta que finalmente esta fue vencida y degollada (Cfr. González Suárez, 1970: II, 908-909; Pérez, 1960: 217-219; Moreno Yáñez, 1981: 103 ss).

Mucho se ha discutido sobre el significado de los "Quilacos" mencionados por algunos cronistas como un grupo étnico que, juntamente con los demás de la Sierra Norte, desempeñaron un papel importante en la esfera política y en los sucesos ocurridos en la Región Interandina Septentrional, controversia que se torna más interesante por la mención, entre otros cronistas, de Cieza de León (1967: 234-235), de que Atahualpa fue hijo de una india Quilaco. Es sostenible la opinión de Pérez (1960: 217 ss.) al vincular Quilago con antropónimos andinos septentrionales aplicados exclusivamente a mujeres, hipótesis que es comprobada y desarrollada por Larraín (1980 a: I, 101 ss.), quien señala a los Quilacos como otra denominación de los Caranquis, por confundirse ambos grupos bajo un solo nombre, o porque los Quilacos fueron una porción de los Caranquis. Además del cotejo de los testimonios de varios cronistas, fundamenta la suposición anterior la presencia en el área de Caranqui, Otavalo y Cochasquí, del apellido familiar "Quilago", persistente al menos hasta 150 años después de la Conquista, sea como apelativo solo o, con mayor frecuencia, a modo de desinencia, aplicada sin excepción alguna a mujeres. Paralelamente, de acuerdo a las fuentes más antiguas, el nombre "Ango" fue reiteradamente aplicado a los caciques de los pueblos de Cochasquí, Otavalo y Caranqui, lo ofrecería una base para suponer que "ango" era el término para designar a un "señor" prin-

cipal o cacique, aunque en tiempos coloniales tardíos se convirtió insensiblemente en un apellido del grupo familiar del cacique respectivo. Así como "ango" es el título correspondiente a "señor" de tal pueblo, "quilago" equivaldría a "señora principal" y habría sido aplicado a la esposa y quizás también a las hijas del jerarca local. Si esa explicación es válida no habría dificultad para entender por que Huayna Capac pudo tomar como esposa, además de la coya imperial, a una "princesa" local, es decir a la viuda o a la hija de un jefe caranqui, o de una población cercana, como por ejemplo Otavalo o Cochasquí. Dentro de esta concepción, la denominada por Montesinos (1930: 119-120) "Reina de Cochisquí", y como tal rememorada en la tradición indígena quiteña, no sería sino la "Señora de ese lugar", o la viuda de algún "Ango" de Cochasquí, la cual por derecho propio podía ser denominada "Quilago" de dicho pueblo, el equivalente de "Señora principal de Cochasquí". Esta explicación parece dar coherencia a gran cantidad de hechos, hasta ahora inconexos o contradictorios (Larraín, 1980 a: I, 102-104).

Del examen comparativo de los datos hasta ahora analizados y que corresponden al estado actual de la cuestión, se puede concluir que Cochisquí fue un centro poblacional importante desde el siglo X d.C., cuyo desarrollo correspondería a la fase arqueológica Cochasquí II, hasta convertirse, probablemente hacia 1450, en cabeza de un poderoso señorío étnico, situado en las vertientes del Mojan-da; sin embargo la extensión de su área de influjo todavía desconocemos. Durante la incursión inca en el Septentrión Andino ecuatoriano y quizás ya en el período inmediato anterior, Cochisquí deviene en un señorío de algún modo dependiente de Maxacota Puento de Cayambe y gobernado por una Señora Principal, en idioma aborígen "Quilago". Esta última aseveración no significa que Cochisquí fue permanentemente regida por una autoridad femenina, sino la aseveración de la posibilidad para los descendientes femeninos de heredar el gobierno de un cacicazgo, modelo que con alguna frecuencia aparece en la América Andina. Parece por lo tanto que el señorío de Cayambe, bajo el gobierno de Maxacota, incluyó a Otavalo y Cochisquí como los pueblos más importantes de su jurisdicción, los que a su vez estuvieron regidos por caciques locales. Debido al proceso de quichuización, Cochisquí se transforma paulatinamente en "Cochasquí"; en documentos del siglo XVI todavía aparece el nombre aborígen y se tiene constancia de que en 1564 era cacique del pueblo de

Cochisquí Don Alonso Andaparinango, al mismo tiempo que Don Jerónimo Puento en Cayambe, Don Luis Farinango en Otavalo y Don Sancho Cabascango en Caranqui (Vargas, 1970: 256). Quizás podría detectarse desde el período incaico una despoblación de Cochasquí, que finalizara hacia 1580 con el traslado definitivo de sus habitantes a Malchinguí y Tocachi, poblados oficialmente conformados por los españoles como reducciones indígenas. (Para la mayor parte de este trabajo cfr. Moreno Yáñez, 1981: 63 ss.).

7.— **Algunas consideraciones sobre la preservación de los monumentos de Cochasquí**

Hace más de un lustro circularon algunos ejemplares de un folleto, bajo el nombre de "Cochasquí", preparado por la Dirección Nacional de Turismo, el que contenía un "Marco de referencia para la creación del Parque Arqueológico y preservación de los monumentos" de la referida localidad. Diez años antes, en 1965, con motivo de la finalización de las excavaciones llevadas a cabo por el "Grupo Ecuador" de la Universidad de Bonn, Jorge Salvador Lara propuso declarar al lugar Parque Nacional y expropiar el área monumental, para proceder a una restauración de todo el complejo arqueológico: deseo no realizado entonces por institución alguna, por lo que todo el conjunto monumental quedó sujeto a la incuria de los tiempos, con tantas otras áreas arqueológicas que se hallan en doloroso proceso de destrucción (Salvador Lara, 1978: I, 202-205). La Dirección de Turismo tuvo entonces el acierto de utilizar el asesoramiento de Udo Oberem, quien puso a disposición las principales conclusiones, croquis, mapas y diagramas obtenidos, tras arduo trabajo de campo e investigaciones en el laboratorio. La publicación aquí comentada presenta por primera vez el minucioso levantamiento aerofotométrico del complejo arqueológico y expone a consideración de los estudiosos dos hipótesis de reconstrucción de los edificios que existían en la cumbre de las pirámides y algunas vistas probables del panorama que debía presentar la zona en la época de su mayor esplendor (Salvador Lara, 1978: I, 206-208; Ceturis, 1975).

Como un resultado práctico de las Semanas Culturales de Mayo, organizadas con acierto por el Consejo Provincial de Pichincha, bajo la regencia de su actual Prefecto: Patricio Romero Barberis, la mencionada entidad provincial propuso, entre otros objetivos étnico-culturales, algunos de ellos por cierto discutibles, la realiza-

ción de un proyecto de restauración, mantenimiento e investigaciones arqueológicas del complejo Cochasquí, situado administrativamente en la provincia de Pichincha. Carente de una alternativa en el asesoramiento científico, el citado proyecto incluyó dentro de sus páginas las conclusiones e hipótesis de reconstrucción presentadas por Ceturis en su "Marco de referencia", a las que se incorporó un aporte valioso referente a la participación del grupo social que habita actualmente la zona de Cochasquí y las regiones aledañas en el mantenimiento del futuro parque arqueológico. Dado el peculiar carácter institucional del Consejo Provincial, esta entidad se comprometió a hacer del proyecto de restauración arqueológica un verdadero plan de desarrollo rural integral de gran parte del cantón Pedro Moncayo, la circunscripción territorial más pobre en la provincia de Pichincha.

Con ocasión de la Tercera Semana Cultural de Mayo (1981), el Consejo Provincial de Pichincha adquirió en propiedad casi toda el área donde están ubicados los monumentos arqueológicos y, gracias a un generoso auspicio económico del Banco Central del Ecuador, se han iniciado en Cochasquí las primeras obras de restauración.

No se pretende en esta evaluación analizar los posibles aciertos o desatinos —labor de la que se encargaran futuros estudios— pero sí es de esperar que ulteriores investigaciones sobre Cochasquí, dejando de lado suposiciones gratuitas, tengan en cuenta los datos objetivos que presentan la relativamente abundante bibliografía, con el fin de precisar mejor su desarrollo histórico, diseñar modelos explicativos adecuados, no destruir las evidencias arqueológicas y, en lo referente a la conservación de las edificaciones y zona arqueológica, ofrecer un ejemplo llevado a cabo con la finalidad de servir, del modo más amplio, a la formación cultural de los visitantes y público en general. Una de las condiciones necesarias para llevar a cabo estas metas, es el empleo de recursos humanos profesionales que, sin caer en la solución falsa y mediocre de desacreditar gratuitamente a los investigadores que con sus estudios rescataron para la Nación ecuatoriana la realidad histórica de Cochasquí, se propongan ofrecer a la Arqueología ecuatoriana un modelo científico, sistemático y con repercusión social, que obligue a nuestra Arqueología a abandonar definitivamente la etapa de los "arqueoaficionados", a fin de asentar las bases teóricas y normas técnicas de una nueva Arqueología profesional, al servicio de la colectividad nacional.

Puesto que hasta los medios profesionales han llegado algunas noticias inexactas o falsas, con el propósito de desvirtuar las investigaciones realizadas en Cochasquí por el "Grupo Ecuador" de la Universidad de Bonn, como encargado de la publicación de sus resultados en el Ecuador, creo conveniente poner en claro que las mencionadas investigaciones fueron el primer trabajo mancomunado en el que participaron instituciones alemanas y ecuatorianas y que el conjunto de estudios sobre Cochasquí editado en la Colección Pendoneros constituye el logro máximo en la historia de las investigaciones científicas, relacionadas con la Arqueología, en el Ecuador. Como ya Max Uhle, en 1933, pone de relieve, el complejo arqueológico de Cochasquí, había sido entonces en gran parte destruido por las técnicas agrícolas empleadas en la hacienda del mismo nombre y por la búsqueda de supuestos tesoros; situación que determinó al "Grupo Ecuador" a excavar de modo especial aquellos lugares que por las circunstancias mencionadas habían sido ya removidos. Al final del período de las excavaciones, en 1965, los cortes más grandes y profundos fueron parcialmente cubiertos con relleno, ya que el entonces propietario de la hacienda Cochasquí expresó el deseo de que una parte de las estratigrafías permaneciera abierta, con el objeto de que sirviera de muestra en el centro turístico que había planeado construir. Con un objetivo análogo la expedición arqueológica entregó a la Hacienda una gran colección de objetos, la que debía servir de base para la constitución de un museo en el lugar. Es grato al mismo tiempo anotar que, con algunas variaciones, los intereses hace casi dos décadas expresados y posteriormente planificados por Ceturis, están siendo concretados por el Consejo Provincial de Pichincha en su proyecto de restauración y mantenimiento del complejo arqueológico de Cochasquí. Que actividades culturales de esta índole sean ejemplo para otras corporaciones seccionales.

8. — **Nota a la presente edición.**

El carácter determinante del Instituto Otavaleño de Antropología, como un centro de investigación científica, le ha propuesto, como una tarea inherente a sus objetivos, la publicación de la más grande y valiosa colección de obras que se refieren a la Antropología sobre el Ecuador: Ya desde los planes iniciales para la "Colección Pen-

doneros”, se puso de relieve la necesidad de incluir en la misma la totalidad de estudios que en diversas ocasiones y lugares se han publicado sobre Cochasquí, a fin de que las investigaciones y publicaciones referentes al Ecuador sean ampliamente conocidas por los estudiosos ecuatorianos y por el público en general, aspiración que por desgracia rebasa las posibilidades de los autores e investigadores. Consciente de esta necesidad y con la amistad hacia el Ecuador que ha caracterizado la mayor parte de la actividad científica de Udo Oberem, el Director del “Grupo Ecuador” accedió a prestar toda su colaboración en la empresa. Como graduado en el Departamento de Antropología de la Universidad de Bonn, tuve la satisfacción de participar, durante casi una década, en las labores científicas y conocer más en detalle los trabajos que han tenido como centro el complejo arqueológico de Cochasquí.

Los volúmenes de la “Colección Pendoneros” dedicados a Cochasquí, cuyo compilador es Udo Oberem, contienen, por lo tanto, la totalidad de estudios que se han efectuado sobre Cochasquí, hasta la presente fecha. Algunos de ellos jamás habían sido publicados y de varios solamente se conocía la versión original alemana. Que esta doble colaboración: del Departamento de Antropología de la Universidad de Bonn y del Instituto Otavaleño de Antropología, se convierta en una verdadera contribución al conocimiento de las sociedades y culturas que integran, como elementos constitutivos, aquello que denominamos la nacionalidad ecuatoriana.

BIBLIOGRAFIA

Actosta Solis, Misael:

- 1962 Sinopsis de la Fitogeografía y vegetación de la provincia de Pichincha.
Instituto Panamericano de Geografía e Historia México.

Acosta Solis, Misael:

- 1977 Conferencias Fitogeográficas.
Biblioteca Ecuador. IPGH Sección Nacional del Ecuador.
Quito.

Andrade Marin, Jorge:

- 1953 La excavación arqueológica de Huaraqui, 1953.
En: Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, No. 54 (pág. 746-758).
Casa de la Cultura Ecuatoriana

Athens II, John S..

- 1980 El proceso evolutivo en las Sociedades Complejas y la ocupación del período Tardío-Cara en los Andes septentrionales del Ecuador.
Colección Pendoneros, 2. IOA.
Otavalo.

Athens, John; Osborn, A.:

- 1974 Archaeological Investigation in the Highlands of Northern Ecuador.
Breviarios de Cultura, 1. IOA.
Otavalo.

Borchart de Moreno, Christiana:

- 1981 El Período Colonial
En: Moreno Yáñez (compilador): Pichincha: Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana. Quito.

Cabello Valboa, Miguel:

- 1951 Miscelánea Antártica
Instituto de Etnología. Universidad Mayor de San Marcos.
Lima.

Ceturis:

- 1975 Cochasquí: Marco de referencia para la creación del Parque Arqueológico y preservación de los monumentos.
Quito.

Cieza de León, Pedro de:

- 1947 La Crónica del Perú.
En: Historiadores Primitivos de Indias, Vol. II, (pág. 349-458).
Ediciones Atlas
Madrid.

Cieza de Leon, Pedro de:

- 1967 El Señorío de los Incas.
Instituto de Estudios Peruanos
Lima.

Guignabaudet, Philippe:

- 1953 Nuevos descubrimientos arqueológicos en las tolas de Huaracuí.
En: Boletín de Informaciones Científicas Nacionales. No. 56, (pág. 168-186).
Casa de la Cultura Ecuatoriana
Quito.

Hampe M., Teodoro:

- 1979 Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú, en 1561.
En: Historia y Cultura, No. 12, (pag. 75-117).
Museo Nacional de Historia
Lima.

Jijón y Caamaño, Jacinto:

- 1914 Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura, en la República del Ecuador.
Blas y Cía. Impresores.
Madrid.

Jijón y Caamaño, Jacinto:

- 1952 Antropología Prehispanica del Ecuador.
La Prensa Catolica
Quito.

Kunter, Kari:

- 1969 Beiträge zu Bevölkerungsgeschichte im wüstlichen Südamerika unter besonderer Berücksichtigung der Skelettfunde aus Cochasqui, Ecuador.

Larrain Barros, Horacio:

- 1980 a Demografía y asentamientos indígenas en la Sierra Norte Ecuador, en el siglo XVI. 2 vol.
Colección Pendoneros, 11-12. IOA.
Otavalo.

Larrea, Carlos Manuel:

- 1953 Informe sobre las excavaciones arqueológicas en Huaracuí, entre La Esperanza y Tabacundo.
En: Boletín de Informaciones Científicas Nacionales.
No. 54, (pág. 759-773).
Casa de la Cultura Ecuatoriana
Quito.

Meggers, Betty J.:

- 1966 Ecuador.
Thames and Hudson
London.

Meyers, Albert:

- 1975 La ceramica de Cochasquí.
En: Oberem U. (editor): Estudios sobre la Arqueología del Ecuador. (pag. 83-111).
BAS. 3.
Bonn.

Meyers, Oberem, Wentscher, Wurster:

- 1975 Dos pozos funerarios con cámara lateral en Malchinguí (Provincia de Pichincha).
En: Oberem U. (editor): Estudios sobre la Arqueología del Ecuador. (pag. 115-140).
BASS. 3.
Bonn.

Montesinos, Fernando:

- 1930 Memorias antiguas historiales y políticas del Perú
En: Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú. Tom. VI (2a. Serie).
Librería e Imprenta Gil.
Lima.

Moreno Yanez, Segundo E.:

- 1981 Pichincha — Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana.
Consejo Provincial de Pichincha
Quito.

Murra, John V.:

- 1946 The Historic tribes of Ecuador.
En: Steward J. (editor): Handbook of South American Indians. Vol. II, (pág. 785-821).
Smithsonian Institution
Washington.

Oberem, Udo:

- 1970 a Informe provisional sobre algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí, Ecuador.
En: Verhandlungen des XXXVIII. Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München, 1968. Bd. I. (pág. 317-322).
München.

Oberem, Udo.

- 1970 b Montículos funerarios con pozo en Cochasquí.
En: Boletín de la Academia Nacional de Historia. Vol. LIII. No. 116 (pag. 243-249).
Quito, julio-diciembre.

Oberem, Udo:

- 1975 a Informe de trabajo sobre las excavaciones de 1964-1965 en Cochasquí, Ecuador.
En: Oberem U. (editor): Estudios sobre la Arqueología del Ecuador. (pag. 71-79).
BASS. 3.
Bonn.

Oberem, Udo: (editor)

- 1975 b Estudios sobre la Arqueología del Ecuador.
BAS. 3.
Bonn.

Perez, Aquiles R.:

- 1960 Quitus y Caras.
Llacta, 10.
Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía.
Quito.

Salomon, Frank:

- 1980 Los Señores Etnicos de Quito en la época de los Incas.
Colección Pendoneros, 10. IOA.
Otavalo.

Salvador Lara, Jorge:

- 1978-1980 Apuntes para la Historia de las Ciencias en el Ecuador (2 tomos).
Biblioteca Ecuador, vol. 9 y 12.
IPGH. Sección Nacional del Ecuador.
Quito.

Schönfelder, Uwe:

- 1979 Freinkeramik und Kleinfunde aus Cochasqui, Nord-Ecuador.
(Magisterarbeit) Universität zu Bonn.
Bonn.

Terán, Francisco:

- 1979 Geografía del Ecuador.
Ediciones Librería Cima.
Quito.

Vargas, Jose Maria:

- 1970 Los Cacicazgos.
En: Boletín de la Academia Nacional de Historia. Vol.
LIII. No. 116, (pag. 250-264).
Quito, julio-diciembre.

Velasco, Juan de:

- 1980 Historia del Reino de Quito.
Volumen P. Juan de Velasco, 2a. parte.
Biblioteca Ecuatoriana Mínima.
Quito.

Wolf, Teodoro:

- 1975 Geografía y Geología del Ecuador.
Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
Quito.

Wurster, Wolfgang W.:

- 1979 Aportes a la reconstrucción de templos sobre las pirámi-
des de Cochasquí.
En: Hartmann R., Oberem U. (compiladores): Amerika-
nistische Studien — Estudios Americanistas. Vol. II, (pag.
300-304).
St. Augustin.

Zalles-Flossbach, Carlos:

- 1979 Los artefactos líticos de Cochasquí, Ecuador.
(Magisterarbeit) Universität zu Bonn.
Bonn.